

Confianza Solo en Cristo (Cap 6)

En los últimos años, descubrir la historia personal de uno se ha vuelto bastante popular. Las empresas de biotecnología han facilitado mucho el conocimiento, quizás más de lo que alguna vez deseó saber, sobre su ascendencia biológica. No es raro que algunos adventistas hablen de ser adventistas de cuarta, quinta o incluso sexta generación. Si bien todo esto es maravilloso, también es cierto que cada uno debe tomar una decisión personal de seguir a Cristo por sí mismo. Como alguien ha dicho: «*Dios no tiene nietos*». Pablo enfatiza este punto de una manera bastante sorprendente en una vigorosa polémica contra aquellos que insisten en que la circuncisión es necesaria para pertenecer al pueblo de Dios.

Para protegerse contra la posibilidad de que algunos consideraran sus obras como una contribución a su salvación, Pablo deja claro, en uno de los pasajes más conmovedores y emotivos del Nuevo Testamento, que la justicia viene como un regalo de Cristo, y no por el cumplimiento de la ley. También explica el significado de la circuncisión, que no es una insignia de justicia, sino que ilustra el cambio de corazón efectuado por el Espíritu Santo. Pablo deja muy claro que «ciertamente la circuncisión es de valor si obedeces la ley, pero si quebrantas la ley, tu circuncisión se convierte en incircuncisión. Así que, si un incircunciso guarda los preceptos de la ley, ¿no se considerará su incircuncisión como circuncisión?» (Romanos 2:25, 26, ESV).

En otras palabras, lo que importa es la «circuncisión» del corazón (versículo 29). La señal externa tenía la intención de ser un símbolo de consagración a Dios, de obediencia a Su voluntad y de justicia por la fe (Romanos 4:11). Ya en el Antiguo Testamento,

varios pasajes se refieren a la «circuncisión» del corazón, sugiriendo que significa la apertura de uno a una relación de pacto con Dios caracterizada por el amor y la obediencia a Sus mandamientos (Deuteronomio 10:12–16). Esta apertura de corazón hacia Dios también podría describir a los extranjeros

incircuncisos que eligieron morar en la tierra de Israel (Deuteronomio 10:17–19; cf. Ezequiel 44:7–9). Esta circuncisión interna capacita a una persona para amar a Dios con todo su corazón y alma (Deuteronomio 30:6; cf. Romanos 2:28–29). Teniendo la señal literal de la circuncisión no era garantía del favor de Dios sin la relación correcta que la circuncisión simbolizaba (Jeremías 4:4; 22:3–5; Hechos 7:51)¹.

El bautismo cumple este propósito para los cristianos, reemplazando la circuncisión como señal de un corazón cambiado y una nueva vida (Romanos 6:1–4). Por eso Pablo puede usar un lenguaje tan fuerte sobre aquellos que engañarían a los filipenses haciéndoles creer que la circuncisión era necesaria para la salvación, llamándolos «perros»², «malhechores» y «los que mutilan la carne» (Filipenses 3:2, ESV; cf. Hechos 15:1, 5). Pablo utiliza un juego de palabras en griego, llamándolos la *katatomē* («la mutilación», NKJV o «la falsa circuncisión», NASB). En contraste, los maestros confiables como Pablo son llamados la *peritomē* («la verdadera circuncisión», NASB). Aunque el asunto había sido decidido varios años antes por los apóstoles y ancianos en el Concilio de Jerusalén (Hechos 15:6–21), ciertos falsos maestros se negaron a aceptar su dictamen, no muy diferente de algunos hoy, que se niegan a aceptar las decisiones de la iglesia. Y estaban causando confusión, desunión y división.

Para combatir esta herejía de la salvación por obras, Pablo enfatiza que no debemos «poner confianza en la carne» (Filipenses 3:3, NASB). Si alguien pudiera tener tal confianza basada en la carne, ese era Pablo. Él usa el término «carne» peyorativamente aquí en referencia a cualquier cosa producida por el poder humano solo, en contraste con el cambio de vida obrado por el Espíritu de Dios y las buenas obras que el poder divino del Espíritu permite (véase también Romanos 8:3–6, 9, 13; Gálatas 3:3; Efesios 2:10). La dependencia de la carne incluye no solo la herencia física de la que los judíos estaban tan orgullosos (y su circuncisión que lo demostraba) sino también un conocimiento teórico de la ley de Dios (Romanos 2:17–20), los pactos y el servicio del santuario (Romanos 9:4), y todos los esfuerzos humanos para hacer el bien que están desprovistos del poder del Espíritu (Romanos 4:4; 9:30–33; 11:6; cf. 2 Pedro 1:4). ¿No podríamos

caer en una trampa similar al pensar que nuestra buena herencia adventista, la observancia del sábado, el vegetarianismo y el estilo de vida saludable, el conocimiento bíblico y la devolución de un diezmo fiel de alguna manera hacen más probable que Dios nos salve?

Nada de lo que podamos hacer nos recomendará a Dios, «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). Y nada de lo que podamos hacer puede compensar nuestra condición pecaminosa. Debido a que la ley demanda una justicia perfecta, tenemos una deuda insuperable. Somos como el hombre que Jesús describió que debía diez mil talentos, equivalentes a sesenta millones a cien millones de días de trabajo (Mateo 18:23–35)³. ¡Trabajando seis días a la semana, eso llevaría doscientos mil a trescientos mil años! Jesús contó esta historia para enfatizar lo imposible que es pagar la deuda espiritual que hemos incurrido a causa del pecado. Incluso una vez que aceptamos a Jesús como nuestro Salvador, elegimos seguirle y hacemos todo lo que se nos manda, Jesús nos dice que digamos: «Siervos inútiles somos. Lo que debíamos hacer, hicimos» (Lucas 17:10). «El servicio cristiano para el Señor no puede ganar mérito alguno: primero, porque Jesús ya ha pagado nuestra incalculable deuda de pecado; segundo, porque incluso las obras de fe se hacen a través de Su gracia y poder»⁴. Como dijo Pablo anteriormente, «Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filipenses 2:13).

Pablo solía pensar que tenía su propia justicia, «la cual es por la ley» (Filipenses 3:9). De hecho, pensaba que era «irreprochable» en ese sentido (versículo 6), como el joven rico que dijo: «Todo esto lo he guardado desde mi juventud» (Mateo 19:20). Antes de su conversión, Pablo no se dio cuenta de la profundidad de la ley, de que esta llega a lo más íntimo de nuestro ser «y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (Hebreos 4:12). Por eso pudo decir: «Yo vivía sin ley una vez; pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió, y yo morí» (Romanos 7:9, KJV). Cuando Pablo se dio cuenta de lo que la ley requería y de que no tenía forma de cumplir plenamente sus demandas, realmente comprendió que estaba perdido mientras fuera esclavo del pecado,

haciendo su voluntad, porque el poder intrínseco del pecado tenía el control total sobre él (Romanos 7:14–24). Su única salvación era estar «en Cristo», liberado «de la ley del pecado y de la muerte» a través de «la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús» (Romanos 8:1, 2).

Así, Pablo podía considerar su vida anterior «basura» para «ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, la cual procede de la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe», y para realmente «conocerle a él, y el poder de su resurrección» (Filipenses 3:8–10, NRSV, margen).

Esencialmente, el viejo Pablo se basaba en la fe en sí mismo, en lo que tenía por herencia y en lo que podía lograr con sus propias fuerzas. El nuevo Pablo se dio cuenta de que la salvación viene solo por la fe en lo que Cristo puede hacer. En lugar de ser controlado por el pecado que moraba en él, podía decir: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2:20, KJV; énfasis añadido). Elena G. White lo describe así: «Cuando el pecador, atraído por el poder de Cristo, se acerca a la cruz levantada y se postra ante ella, hay una nueva creación. Se le da un nuevo corazón. Se convierte en una nueva criatura en Cristo Jesús. La santidad descubre que no tiene nada más que exigir. Dios mismo es “el que justifica al que cree en Jesús”. Romanos 3:26»⁵.

En su raíz, el plan de salvación es muy simple: estar en Cristo y tener a Cristo en nosotros, que es la misma formulación que Jesús enseñó a Sus discípulos, usando una metáfora agrícola: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15:5). Nuestra concepción de lo que significa estar en Cristo a menudo es demasiado limitada. Abarca nada menos que el cumplimiento del propósito último de Dios en la redención de la humanidad, que es reunir «todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos y las que están en la tierra» (Efesios 1:10).

¿Cómo logra Dios un objetivo de tan amplio alcance con seres humanos pecadores? A veces no solo nos subestimamos a nosotros mismos, sino que también subestimamos el poder de Dios y Su plan de salvación. Subestimamos lo que el poder divino puede hacer por nosotros. Apuntamos demasiado bajo. Disminuimos las promesas de Dios porque tenemos muy poca fe. Sabiamente, se nos dice: «Necesitamos tener mucha menos confianza en lo que el hombre puede hacer y mucha más confianza en lo que Dios puede hacer por cada alma creyente. Él anhela que lo busques por fe. Anhela que esperes grandes cosas de Él»⁶.

Pablo reconoció que aún no había alcanzado todo lo que era posible para él en unión con Cristo. Así, sigue avanzando, olvidando lo pasado porque eso ya está hecho y no se puede cambiar (Filipenses 3:12–14). El enfoque de Pablo está orientado al futuro, en la meta final (gr. *skopos*) de la vida cristiana. La palabra griega *skopos* (de la cual deriva la palabra inglesa «scope»), usada solo aquí en el Nuevo Testamento, se refiere a un objeto o meta específico en el que uno fija su mirada⁷. Esa meta es recibir el premio del vencedor, que se describe como el llamamiento de Dios «hacia arriba» (Filipenses 3:14, NIV; gr. *anō*, literalmente, «hacia arriba»). Pablo nos anima a centrarnos en la recompensa final de la vida eterna, representada por la corona o guirnalda del vencedor que se da al que vence (1 Corintios 9:24, 25; 2 Timoteo 4:8; Santiago 1:12; 1 Pedro 5:4; Apocalipsis 2:10).

Este llamado celestial incluye la meta de desarrollar un carácter semejante al de Cristo. Pablo niega haber alcanzado esta meta; en cambio, se dirige siempre hacia adelante, hacia arriba y hacia adelante, olvidando el pasado y negándose a ser retenido por él. Nos anima a perseguir el mismo objetivo y, «si pensáis de otro modo», advierte Pablo, «Dios os revelará el error de vuestros caminos» (Filipenses 3:15, NET). Concluye con otra clave para la unidad cristiana: según la norma «que hemos alcanzado, sigamos la misma regla» (versículo 16) de presionar continuamente hacia el cielo. Tal regla nos mantendrá enfocados en Cristo y en ser como Él, en lugar de compararnos con otros o imaginarnos ser algo que no somos.

1. Clinton Wahlen y Wagner Kuhn, "Culture, Hermeneutics, and Scripture", en *Biblical Hermeneutics: An Adventist Approach*, ed. Frank M. Hasel, Biblical Research Institute Studies in Hermeneutics 3 (Silver Spring, MD: Biblical Research Institute/Review and Herald Academic, 2020), 156.

2. Los perros eran el epítome de la inmundicia, probablemente porque comían cualquier cosa, incluso su propio vómito (Proverbios 26:11). Como señala Keener, "Había letreros de 'cuidado con el perro' incluso en la antigua Roma, donde eran mascotas y perros guardianes (Petronius *Satyricon* 29), sin duda reforzando el sarcasmo mordaz de la frase de Pablo". Craig S. Keener, *The IVP Bible Background Commentary: New Testament* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1993), 562.

3. Craig S. Keener, *The Gospel of Matthew: A Social-Rhetorical Commentary* (Grand Rapids MI: Eerdmans, 458.

4. Clinton Wahlen, "Luke: Andrews Bible Commentary: New Testament", ed. Ángel Manuel Rodríguez (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 2022), 1382; Cf. Ellen G. White, en Francis D. Nichol, *Seventh-day Adventist Bible Commentary*, vol. 5 (Washington, DC: Review and Herald, 1956), 1122: "La fragancia del mérito de Cristo es lo que hace que nuestras buenas obras sean aceptables para Dios, y es la gracia lo que nos capacita para hacer las obras por las cuales Él nos recompensa. Nuestras obras en sí mismas no tienen mérito. Cuando hemos hecho todo lo que nos es posible hacer, debemos considerarnos siervos inútiles. No merecemos agradecimiento de Dios. Solo hemos hecho lo que era nuestro deber hacer, y nuestras obras no podrían haberse realizado con la fuerza de nuestra propia naturaleza pecaminosa".

5. Ellen G. White, *Christ's Object Lessons* (Washington, DC: Review and Herald, 1941), 162.

6. White, 146.

7. Henry George Liddell, Robert Scott, Henry Stuart Jones, *σκοπός, A Greek-English Lexicon*, 9th ed. with revised supplement (Oxford: Oxford University Press, 1996), 1614.